

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 40

*The Configuration of Feminist Criticism and
Theoretical Practices in Hispanic Literary
Studies*

Article 22

1994

María Escandón y Rosario Castellanos: Feminismo y política personal en el 'profundo sur' mexicano

Cynthia Steele

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Steele, Cynthia (Otoño-Primavera 1994) "María Escandón y Rosario Castellanos: Feminismo y política personal en el 'profundo sur' mexicano," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 40, Article 22.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss40/22>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

MARIA ESCANDON Y ROSARIO CASTELLANOS:
FEMINISMO Y POLITICA PERSONAL
EN EL 'PROFUNDO SUR' MEXICANO

Cynthia Steele
University of Washington, Seattle

*Cuando desaparezca la última criada, el colchoncito en
que ahora reposa nuestra conformidad, aparecerá la
primera rebelde furibunda.
Rosario Castellanos, 1970*

*He sostenido seis o siete largas conversaciones con María Escandón entre enero
de 1991 y septiembre de 1992. Este ensayo está basado en mis entrevistas con ella y con
varios amigos de Rosario Castellanos.*

I

En 1973, al servir de embajadora de México en Israel y escribir columnas semanales para *Excélsior*, Rosario Castellanos publicó un artículo intitulado "Herlinda se va", en el cual analiza su relación con sus dos sirvientas, María Escandón y Herlinda Bolaños. Bolaños fue la sirvienta de Castellanos en Tel Aviv hasta unos meses antes de la trágica muerte de ésta en 1974. María Escandón fue la "cargadora" de su infancia (entre los tres y los seis años de Rosario, los cinco y ocho años de María).

En el artículo Castellanos explica la naturaleza de la institución colonial de cargadora:

Esta institución... consistía en que el hijo de los patrones tenía para entretenerse, además de sus juguetes que no eran muchos y que eran demasiado ingenuos,

una criatura de su misma edad. Esa criatura era, a veces compañera con iniciativas, con capacidad de invención que participaba de modo activo en los juegos. Pero, a veces también, era un mero objeto en que el otro descargaba sus humores: la energía inagotable de la infancia, el aburrimiento, la cólera, el celo amargo de la posesión.... Yo no creo haber sido excepcionalmente caprichosa, arbitraria y cruel. Pero ninguno me había enseñado a respetar más que a mis iguales y, desde luego mucho más a mis mayores. Así que me dejaba llevar por la corriente (262).¹

Cuando la familia Castellanos Figueroa se mudó a México, María los acompañó; por diez años le sirvió de cocinera y criada a la madre de Castellanos, doña Adriana, hasta su muerte en 1948. Castellanos escribe:

María fue una enfermera mucho más devota, mucho más abnegada, mucho más servicial que yo. Porque quería a mi madre con un sentimiento filial mucho más profundo consintió cumplir con la última de sus voluntades: cuidarme, hacerse cargo de mí (263).

Para entonces Rosario tenía veintitrés años, María veinticinco. Escandón trabajó para Rosario otra década, hasta poco después del matrimonio de ésta con Ricardo Guerra en 1957. Fue ella quien la cuidó cuando Castellanos enfermó de tuberculosis en 1955 y quien la acompañó a San Cristóbal para trabajar con el Instituto Nacional Indigenista entre 1956 y 1957. (María recuerda que entonces Castellanos escribía una novela intitulada *La zona fría* ¿habrá sido el título provisional de *Oficio de tinieblas*? Rosario no le leía lo que escribía, pero a veces le consultaba sobre adivinanzas de su niñez compartida.) Castellanos describe los servicios de Escandón durante esta época en los siguientes términos:

Lo hizo de tal modo que yo no tenía siquiera la necesidad de ordenar: todo estaba listo siempre. El baño, en el momento preciso, la ropa escogida adecuadamente para cada ocasión, la comida a sus horas y según los canones. ¿Qué tenía yo que hacer en cambio? Aceptar la disciplina sin más comentarios que los que fueran elogiosos. No traspasar mis límites que eran el escritorio, la recámara y la sala. No hacer preguntas ni averiguaciones de ninguna especie. Entregarme con una confianza y una pasividad total. A la que María correspondió no abandonándome ni cuando el médico que diagnosticó mi tuberculosis habló del peligro del contagio. Ni cuando decidíirme de empleada del Instituto Nacional Indigenista a Chiapas. Ni siquiera cuando me casé. Pero las dos sabíamos que a partir de entonces ella se sentía relevada de sus obligaciones para conmigo, porque yo ya estaba — como se dice en mi tierra — “bajo mano de hombre” (263).

Después de servir a los Castellanos en México por dieciocho años, María Escandón regresó a Comitán en 1958 para cuidar a su propia madre enferma

(además, según la versión de algunas personas, porque Guerra no aguantaba su carácter “mandón”). Después de la muerte de ésta, regresó a San Cristóbal de las Casas para trabajar nuevamente como sirvienta, primero en la casa de una norteamericana, luego en Na Bolom, el conocido museo y centro de estudios mayas. Treinta años después, a los 69 años, María sigue viviendo allí y atendiendo a la dueña de la casa, Gertrudis Duby de Blom, una vieja amiga de Castellanos y una figura legendaria y controvertida en Chiapas. (Su marido, Frans Blom, murió en 1963.) María me dijo que ganaba doce pesos mensuales (US \$1) con doña Adriana y hasta ochenta (US \$6.60) con Rosario; al entrar en Na Bolom ganaba trescientos pesos (US \$12.50 con la devaluación).

Según Castellanos, Duby “no salía de su asombro (y así me lo dijo con reproche) de que después de tantos años de convivencia, yo no le hubiera enseñado a María ni a leer bien ni a escribir. Yo andaba de Quetzalcóatl por montes y callados mientras junto a mí alguien se consumía de ignorancia”. (263). Lo que Castellanos no menciona — pues probablemente no lo sabía — es que, a lo largo de estas tres décadas, Duby tampoco se ha encargado de educar a María Escandón. Según María, lo poco que sabe lo aprendió por su cuenta, cuando de niña jugaba a la escuelita con Rosario y siempre le tocaba el papel de alumna: “Me quedaron algunas letras... Sé leer porque yo me preocupé... pero no porque me haya enseñado nadie”.

Al tomar conciencia sobre el carácter explotativo de su relación con María Escandón, Castellanos nos dice que tomó la decisión de pedirle perdón a quien había ofendido, y de jamás volver a humillar a otro: “Mi política en relación con Herlinda Bolaños fue totalmente diferente. Pero no me atrevería yo a decir que más adecuada” (264). Bolaños, una mujer de origen náhuatl originaria de Xochimilco, fue la sirvienta de Rosario y la nana de su hijo Gabriel desde que éste nació en 1961 hasta poco antes de que Rosario muriera en Tel Aviv en 1974. Según “Herlinda se va”, Bolaños se independizó bastante hacia el final, a través de sus amistades con sirvientes de otras embajadas; juntos consiguieron mejores salarios y beneficios. Así Herlinda logró ahorrar lo suficiente para viajar por el mundo y jubilarse en México.

Cuando le leí este artículo a María Escandón, ella tuvo una fuerte reacción que yo no esperaba. Al escuchar el pasaje en que Castellanos habla de pedirle perdón, María comenzó a llorar y dijo que la escritora jamás lo había hecho. Cuando llegué a la sección sobre la jubilación y las viajes de Herlinda, me dijo amargamente, “A esa le fue mejor”. Un año después me lo repitió, y yo me sentía horrible por haberle abierto la llaga del desamparo, cuando mi intención fue hacerla conocer un famoso ensayo escrito sobre ella, en base de la intensa relación que mantuvo con Rosario a lo largo de treinta años. “Nunca se preocupó por mí”, me dijo, “y yo la quise mucho, y a sus padres también. Nunca se preocupó por mí. Y estuve veinte años [con ella]”.

Un aspecto sugerente pero muy problemático del ensayo de Castellanos es su insistencia en verse en su función de patrona, tan oprimida por la

institución como sus sirvientas. Según la autora, tanto María como Herlinda “me sirvieron exactamente en la proporción en que yo consentí en volverme una criatura dependiente de sus cuidados, remitida a su eficiencia, obediente a sus rutinas, plegable a sus caprichos, conforme con sus limitaciones. ¿Quién de las dos estaba más sujeta: la sierva o la ama?” (261) Aunque se trata de una estrategia retórica, este concepto también va en acuerdo con la teoría que Castellanos adoptó de Simone Weil sobre la naturaleza circular de la opresión, según la cual el amo llega a ser tiranizado por el esclavo/sirviente que él oprime. Otro fenómeno que Castellanos observa es la internalización de la mentalidad de la ama por la sirvienta (en este caso Herlinda Bolaños), quien se convierte a su vez en opresora de sus propios inferiores sociales.

¿Qué ocurre cuando la persona explotada lleva la misma sangre del explotador? Lo que Castellanos no menciona con relación a María Escandón es que la cargadora que le fue entregada para su entretenimiento a los tres años fue su propia tía, por parte de la familia Abarca a la cual pertenecía su madre. Carmen Abarca de Figueroa, la abuela materna de Rosario Castellanos, fue prima hermana del padre de María Escandón, el maestro de albañiles Trinidad Abarca. (“Construyó la Iglesia de San José en Comitán”, María de dijo orgullosa.) Los apellidos de María deberían ser Abarca Escandón, pero ella fue hija ilegítima, y su padre, al tener otra familia legítima, nunca reconoció ni a María ni a los otros dos hijos que tuvo con Francisca Escandón García, Antonio y Caralampia. María también tuvo tres medio hermanos, Natalia, Amalia y Carmen. Esta última, la hija mayor, fue criada por su abuela. Francisca Escandón lavaba y planchaba para mantener a sus otros hijos; varios de ellos, incluyendo a María, comenzaron a trabajar siendo todavía niños para ayudarla. Fue así como María llegó a trabajar en la casa de los Castellanos Figueroa, donde su madre era lavandera. El padre de María murió cuando ella tenía dieciséis años; su madre y sus dos hermanos han muerto también.

II

Hoy día el entrar en Na Bolom, fundado por Gertrudis Doby de Blom y su marido Frans Blom en 1950, es entrar en un espacio femenino, dominado por la presencia de doña Gertrudis, la periodista suiza que se hizo “La Reina de la Selva” (como la califica el documental que pasan en el museo todas las tardes después de la visita guiada; ello se refiere a su trabajo a favor de los lacandones de la selva chiapaneca). Ahora tiene 92 años y recientemente perdió su lucidez. Allí están también la nueva administradora, doña Bety, una maestra mestiza de San Cristóbal; las voluntarias norteamericanas y europeas; la guía mestiza; y las muchas sirvientas de la casa, mestizas de todas las edades. En cambio, los indígenas que llegan a la casa en función de huéspedes (lacandones) o de vendedores de artesanías (tzotziles y tzeltales) siempre son hombres. Los

turistas, por su parte, suelen ser jóvenes parejas heterosexuales, viajeros europeos y norteamericanos bien educados e interesados en conocer “el multiculturalismo” de los Altos de Chiapas.²

Para llegar al cuarto de doña Mari es necesario atravesar el patio central y cruzar por el gran comedor con su larguísima mesa. Este ha sido la sala de recepción de doña Gertrudis, donde ella siempre ha agazajado a los huéspedes de la casa y a los antropólogos favorecidos por ella. Para la comunidad norteamericana de San Cristóbal, una invitación a cenar en Na Bolom siempre se ha considerado un gran privilegio.

Luego se cruza otro patio, con un alegre mural pintado por algún artista norteamericano en residencia, y se llega al pequeño patio de las sirvientas. (En Na Bolom no se usan las palabras *sirvientas* o *muchachas* se refiere a ellas como “las que trabajan en la cocina”.) Tengo que agacharme para evitar la ropa tendida, y esquivar los perritos y gatos que se encuentran por todas partes. Los muros están pintados de rojo y amarillo oscuro — el mismo color que siempre han tenido, según doña Mari.

A la derecha está sentada doña América, una anciana que tiene la misma edad que doña Trudi y que es hija del dueño original de la casa, el Señor Pénagos. Doña Mari insiste en que yo no intente hablar con doña América, porque dice que es muy enojona. Diminuta, vestida de negro, con su largo cabello blanco recogido en un chongo, siempre se encuentra sentada en la misma sillita, doblada y estudiando el cemento agrietado del patio; me hace pensar en Aureliano Buendía atado al árbol. En mi segunda visita a la casa doña América entró presurosa, aterrada; dijo que afuera un loco corría por la calle asaltando a las mujeres con un cuchillo. Me asomé (con una mezcla de cautela e incredulidad) y efectivamente había unas grandes manchas de sangre en el quicio de la puerta. La calle estaba desierta.

Doña América y yo siempre nos saludamos y ella le grita a doña Mari, quien siempre se encuentra a escasos dos pasos, del otro lado de la ventana abierta. Doña Mari se asoma a la puerta de su cuarto, siempre me ve con una mezcla de contento y fastidio — porque no le he avisado que voy a llegar hoy; o si le he avisado, porque no la he visitado con la frecuencia que ella quisiera; o quizás sencillamente porque no quiere que yo vea su alegría. Me regaña al saludarme, diciendo que pensaba que yo ya no vendría. Encierra su perrito para que no muerda, y me invita a pasar.

Doña Mari tiene sesenta y nueve años, dos más de los que tendría hoy Rosario Castellanos. Es una mujer bien conservada (*handsome*, diríamos en inglés), bajita, gordita, de nariz aguileña y con una hermosa cabellera rizada que ahora se pinta de castaño, color que le quita diez años. Es blanca y se indigna porque se ha enterado de que algunos biógrafos de Rosario la han calificado de indígena. Algunos piensan que ella fue la “nana chamula” de la autora.

De hecho la nana de Rosario, Rufina, fue una tojolabal originaria de San Bartolo, un rancho cerca de Ocosingo. La familia Castellanos la trajo a Comitán

desde su finca Chapatengo (Chactajal en *Balún Canán*). Antes la finca les pertenecía a tres primas hermanas de su padre que le sirvieron a Rosario de modelo para las tres tías de su novela: Ester (Tía Francisca, la fuerte administradora de Chactajal), Josefa (Matilde, la solterona), y María (Romelia, la casada neurótica). Algunos dicen que Ester Castellanos auspició la quema del libro cuando *Balún Canán* salió; además, nunca le volvió a hablar a Rosario.

La madre de Raúl, el medio hermano ilegítimo de Rosario, también era una sirvienta indígena de Chapatengo. Rosario le contó a dos amigas norteamericanas de San Cristóbal, Janet Marren y Marcey Jacobson, que a pesar de que Raúl se había criado en la casa, que al morir sus padres no le habían dejado nada pero que ella había decidido compartir su herencia con él. Raúl no se lo creía, y cuando ella tenía tuberculosis, él se sentaba en su cama y le decía, “Te vas a morir”. Después ella cumplió con su promesa y él se arrepintió. Sin embargo hay indicios de que, en esta misma época, Raúl se enamoró de Rosario y que esto provocó una ruptura definitiva entre los dos. Se le ha perdido la pista a Raúl en las últimas dos décadas. Elena Torruco, la hija de la tía María Castellanos, me dijo que Raúl se había ido de bracero a Estados Unidos en algún momento. Según María Escandón, él estuvo viviendo mucho tiempo en La Concordia, pero hace poco le mandó saludos desde Tuxtla Gutiérrez.

Hace dos años que conozco a María. Desde entonces ella ha cargado con una enorme llaga en la pierna derecha que no se quiere curar y que la hace caminar con dificultad. Aunque su sobrino es médico, Mari insiste en recurrir a las tradicionales pastas de hierbas que hasta ahora no le han hecho ningún efecto. Ofrezco llevarla al médico pero se niega, impaciente. (“Y alzándose el tzec, la nana me muestra una llaga rosada tierna, que le desfigura la rodilla.... Ella, como siempre desde que nací, me arrima a su regazo. Es caliente y amoroso. Pero tendrá una llaga. Una llaga que nosotros le habremos enconado”.³)

Su cuarto es chiquito pero acogedor (aunque en septiembre, época de lluvias, es húmedo y frío; el otro día el cuarto se inundó y se echaron a perder muchas de las fotos antiguas que doña Mari guarda en cajas). Está pintado del mismo color verde piscina (*swimming pool blue*, decimos en inglés) que mi propia recámara. (Una amiga, avergonzada, le explicó al señor de la tienda de pintura que he pasado muchísimo tiempo en México. ¿La habré pintado así porque me recuerda el cuartito de doña Mari? ¿o más bien porque me trae recuerdos de la recámara de mis padres de cuando yo tenía doce años? Una agente de bienes raíces me dijo que la gente compra la casa en que vivía cuando tenía doce años, y me di cuenta de que, en mi caso, es verdad.)

En el cuarto de doña Mari casi no se ve la pintura por la proliferación de retratos y recortes. Hay imágenes de santos chiapanecos: el Niño Fundador, un Niño Jesús vestido de azul y cubierto de milagros, que vive en el Hospital de la Mujer; San Cristóbal, protector de los viajeros, sobre todo de los choferes que todos los días bajan y suben tres veces la peligrosa carretera de 365 curvas que

lleva a Tuxtla Gutiérrez, la capital chiapaneca; y San Caralampio, de túnica morada y barba blanca, milagroso patrón de los pobres en Comitán, el pueblo natal de María y de Rosario. (La hermana de María fue nombrada en honor a este santo.) También hay retratos de parientes y amigos, y de doña Mari con los niños que ha cuidado a lo largo de los años (entre ellos, por supuesto, Rosario). Los recortes de revistas y tarjetas son de animales, sobre todo de gatos, tigres y jaguares; María me explica que éstos últimos siempre le han fascinado. (En tzotzil “Na Bolom” quiere decir “Casa de los Jaguares”.) En las paredes de la cocinita está desparramada su extensa colección de canastas. Todo lo que se encuentra en los dos cuartitos — el decorado, el armario antiguo, los otros escasos muebles de madera — corresponden a una señora de su edad y clase. Lo que no parece corresponder son las grandes cortinas, unas sábanas teñidas (**tie-died**) de amarillo, azul y rojo por una norteamericana que vino a trabajar de voluntaria en la casa y se fue hace tiempo, dejando su huella hippie en el cuarto tan tradicional de doña Mari.

Esta recámara me recuerda la recámara de doña Lola Albores, la gran amiga de adolescencia de Rosario. Ella también me invitó a sentarme en su cama mientras recibía a un paciente tras otro en su casa de Comitán. Ya está jubilada de enfermera, pero sigue ayudando gratis a sus vecinos y la gente necesitada de su pueblo. Mientras estuvimos platicando, también recibió a un anciano encorvado que viene de vez en cuando para pedirle dinero prestado, luego regresa cada semana para pagar una parte de su pequeña (enorme) deuda con lo poco que ha ganado descargando camiones. Doña Lola también ayuda a muchachas embarazadas, lo cual es muy controversial en un ambiente religioso tan conservador como el de Comitán.

(Esa misma noche me acerqué al Padre Raúl Mandujano después de una misa en que había hablado en contra del aborto; el congreso chiapaneco lo acababa de legalizar, pero pronto cambiaría de idea frente a la indignación pública. Se me había dicho que este sacerdote es el hermano del Padre Carlos Mandujano, el confesor de Rosario, quien le sirvió de modelo para el Padre Manuel Mandujano de *Oficio de tinieblas*. Este Padre Mandujano se negó terminantemente a concederme una entrevista, ya que Rosario Castellanos “no es de aquí; nació en México”. Dijo la última palabra con desprecio.)

Durante mi más reciente visita a María Escandón, está lloviendo y hace frío; decido no quitarme la chamarra. Ella insiste que me suba a la cama. “Siéntese bien,” dice, hasta que esté recargada contra la pared con los pies colgando. Le traigo una caja de dulces confitados con frutas de Washington, pero veo que el regalo no le agrada mucho. Más tarde, al despedirme, le pregunto qué le puedo traer en mi próxima visita a San Cristóbal, y después de insistir que no necesita nada, por fin me sugiere un suéter azul marino o cafecito: “Algo así, como el color que lleva Ud. No me gustan los colores chillones”. Tiene razón; le servirá de mucho un suéter en esta casona fría.

En mi segunda visita, en enero de 1991, María estaba de mal humor y por

fin me explicó que la gente siempre viene a entrevistarla sobre “Chayito” y luego no vuelve. Algunos se han llevado fotografías y cartas sin devolverlas jamás; todos se van con materiales para sus artículos y libros, y ella se queda sin nada. Al pasar a despedirme le llevé un sobre con una carta y algún dinero, y guardó el sobre sellado en su caja de cartas y retratos.

Por supuesto esto no resolvió el terrible dilema del desequilibrio de poder entre la investigadora (feminista por más señas) y su informante, especialmente cuando las dos provenimos de clases, culturas, e incluso generaciones tan diferentes. No cabe duda de que soy yo quien ha sacado muchísimo más provecho de este intercambio desigual — y hasta la fecha este ensayo es la prueba más concreta de ello. Para hacer eco de las ideas de Daphne Patai, es el producto que he fabricado a base de las materias primas que constituyen las imágenes y los recuerdos de María Escandón.⁴

Y sin embargo, si no me engaño, ya estamos en proceso de cambiar la relación de trabajo/explotación por una de amistad, aunque sea la difícil amistad de las desiguales. Su casa se encuentra en el itinerario indispensable de mis visitas a San Cristóbal — pero su salario no le alcanza para visitar la mía, ni le darán a ella, como a mí, becas para viajar, a pesar de ser quien conoció más de cerca a la gran escritora mexicana. En este sentido, el papel de sirvienta se parece mucho al de esposa tradicional; María Escandón fue la mujer invisible detrás de la gran artista. “Yo le sabía todas sus cosas”, me dijo, “Yo le sabía todos sus modos, de cómo comía, cómo vestía, yo la peinaba y todo. Sí, sabía yo muchas cosas”. Ahora peina, baña, le plancha a otra mujer famosa, Gertrudis Duby de Blom. ¿Quién le seguirá? ¿O por fin podrá María Escandón descansar? Aunque doña Gertrudis le ha legado su cuartito, María se preocupa por su futuro el día en que doña Gertrudis ya no esté.

Doña Mari saca sus álbumes de fotografías y busca un retrato de su otra amiga “Cindia,” quien “también me escribe mucho”. (Se tratará de una indirecta, ya que nunca encuentro tiempo de escribirle ni a ella ni a nadie.) Por fin encuentra la foto: Cindia es una norteamericana rubia y linda, tipo **Ivory soap girl**. “Pero ella es muy bonita,” le digo. Se queda estudiando la foto mucho rato, luego me mira y dictamina: “Igual”.

En nuestro primer encuentro ella me hizo otro piropo al compararme a su “Chayito”. Cuando le pregunté si era cariñosa Rosario, me dijo, “No. De estar encima de uno, no. Pero sí muy buena gente. Porque así se nota el carácter de la gente. A Ud. se le nota que es muy buena gente; y así era Rosario”.

María y yo ya no hablamos de Rosario; a veces casi ni platicamos, pero nos hacemos compañía. Me siento contenta de saber que en la primavera seremos vecinas por dos meses. Durante mi última visita me advierte sobre lo peligrosas que son las calles de noche, y me aconseja que entable amistad con doña Beti (no la administradora sino la otra, la que vive en el jardín) para poder pasar al lado de su casa y llegar más segura a la mía. Me imagino un puente de amistades femeninas atravesando este mundo peligroso en que nos toca vivir, y llevándonos

al huerto.

Me doy cuenta de que es hora de irme, y doña Mari me confirma que ha llegado la hora de prepararle la cena a doña Gertrudis. Al pasar por el patio me despido de doña América, testigo centenario de la Casa de los Jaguares. En el patio central me despido de doña Gertrudis, quien está regañando en inglés a una sirvienta mexicana que no le entiende nada. La muchacha sonríe, frustrada pero compasiva, y le insiste una y otra vez que le hable en español. "No one studies languages anymore", lamenta doña Trudi para sí misma. Está vestida como para una cena elegante, pero la enorme casa está sola, con excepción de ella y las otras inquilinas.

Al salir a la oscuridad no puedo dejar de recordar aprensivamente al loco del cuchillo de hace dos años. Salgo caminando por la Calzada Salinas de Gortari — hasta la semana pasada la Calzada de Roberta — hacia las luces de Ciudad Real.

NOTAS

- 1 Rosario Castellanos, "Herlinda se va", *El uso de la palabra* (México: Excélsior, 1974): 262. María, por su parte, rechaza la etiqueta de cargadora, ya que para ella la palabra significa nana o "sirvienta que carga al hijo del patrón", y como ella sólo tenía dos años más que Rosario y eran casi del mismo tamaño, era imposible que la cargara.
- 2 Pierre L. van den Berghe ha terminado hace poco un libro muy sugerente entitulado *The Quest for the Other: Ethnic Tourism in San Cristóbal, Mexico*. Será publicado por The University of Washington Press.
- 3 Rosario Castellanos, *Balún Canán* (México: Fondo de Cultura Económica, 1957): 16-17.
- 4 Véase Daphne Patai, "U.S. Academics and Third World Women: Is Ethical Research Possible?," *Women's Words: The Feminist Practice of Oral History*, ed. Sherna Berger Gluck and Daphne Patai (New York: Routledge, 1991): 137-53.

Posdata: María Escandón murió de diabetes el 6 de enero de 1994, a dos semanas de la muerte de su ama, doña Gertrudis, y a cinco días del levantamiento maya.